
Bebé para el
MEJOR
AMIGO de mi
HERMANO
JANICA
CADE

Bebé para el mejor amigo de mi hermano

Janica Cade

Copyright © 2024 Janica Cade.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso escrito, excepto que se trate de citas breves incluidas en artículos o críticas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por Sonja Larsen

Imagen de portada con licencia de Deposit Photos

Copyright de la portada © 2024 por Janica Cade

Editado por Cinta Pluma

Sólo para suscriptores

Por tiempo limitado



¿Has visitado la web de Janica? Entra en janicacade.com/es para conseguir tu trilogía (ebook) de historias de amor de multimillonarios alfa GRATIS. No la encontrarás en ningún otro sitio y estará disponible sólo durante un tiempo limitado. Cuando te suscribas a la newsletter, te enterarás de fantásticas noticias sobre otros libros gratuitos y sobre nuevas publicaciones. Nunca te enviaremos spam.

Contents

1. Madison
2. Madison
3. Ben
4. Madison
5. Ben
6. Madison
7. Madison
Epílogo
Sobre la autora
Deja una opinión
Otras obras de Janica Cade

Chapter 1



Madison

Mi futura cuñada, Savannah, se acomoda a mi lado y se sujeta su enorme barriga.

—Hace tiempo que no tengo un buen día de spa, así que estoy deseando que llegue.

Savannah es la prometida de Aaron y pronto se convertirá en la última incorporación a la cada vez más numerosa familia Blake.

Poco después de que mi difunta abuela anunciara que los hermanos Blake debían tener herederos para heredar su fortuna, mis cuatro hermanos se subieron rápidamente al carro y se casaron con una esposa cada uno.

Han pasado 18 meses desde que oímos las exigencias del testamento de la abuela, y ahora hay bebés brotando por todas partes.

Sí, eww.

—Yo también. —Exhalo y es más fuerte de lo esperado—. El día de spa será genial. Estoy agotada.

Savannah levanta la barbilla y me mira de reojo.

—Culpa mía, seguro. Pero te agradezco mucho que hayas planeado nuestra boda. Haces mucho por nosotros y te estaré eternamente agradecida.

—Sí, sí. Será estupendo —confirmo, sumergiendo los pies en el agua burbujeante y gloriosamente caliente y relajándome en los gruesos sillones de cuero del spa. Miro hacia delante y clavo la mirada en el espacio que tengo delante—. Me alegro de no ser yo la que se casa y tiene un bebé.

Mi otra cuñada, Daisy, se inclina y me golpea en el hombro.

—Oye, eso no está bien.

Daisy se casó con mi hermano, Levi, y se quedaron con la casa del rancho de mi difunta abuela. La familia conoce a Daisy desde hace mucho tiempo porque vivía al lado de todos nosotros.

Daisy bebe un sorbo de *prosecco* y se da cuenta de que tiene dos copas en la mano. Me da la otra.

—Gracias. Salud —murmuro, cogiendo la copa y levantándola—. Por hacer avanzar la aguja con el patriarcado.

—No la escuches —le dice Daisy a Savannah—. Solo le duele el culo por no tener un hermano Blake guapísimo como el resto de nosotras.

Una imagen de mis cuatro hermanos con el torso desnudo pasa por mi cerebro.

—Creo que acabo de vomitar un poco.

Daisy inclina su copa de champán hacia Savannah.

—Oh, no. Esto no va a servir para ti. —Levanta la mano y dice el nombre de su asistenta—. Agua con gas, por favor.

Momentos después, aparece su sirvienta con un tercer vaso para la encumbrada Savannah.

Savannah adopta una mirada soñadora y se frota el vientre.

—Casarme con Aaron es una de las mayores alegrías que tendré jamás. —Una sonrisa ilumina su rostro y sus dientes blancos como la sábana centellean—. Que alguien me pellizque, estoy soñando. Me encanta la forma en que él...

Bla, bla, bla.

Que alguien me amordace. Rápido.

Acabo de aprender a desconectar de esta gente. No voy a sentarme aquí y tomar notas de esta mierda.

Estas mujeres viven y mueren por sus hombres, mis hermanos. ¿De verdad voy a escucharlas hablar sin parar de amor, romance, hombres y bebés?

No. Gracias, pero no gracias. Tengo cosas mejores que hacer, como gestionar mi negocio de cosméticos veganos, por ejemplo.

—Así que, señoras —comienza una esteticista emocionada—. Primero vamos a hacerles una maravillosa pedicura y manicura, y luego seguiremos con nuestro delicioso bronceado con aerógrafo.

—No estaremos *naranjas* para la boda, ¿verdad? —pregunto—. Porque entonces, tendré que elegir una tonalidad de colores diferente para equilibrarlo todo.

—No —responde la encargada del balneario, sacudiendo la cabeza y riéndose de mí—. La tecnología ha mejorado bastante.

—Madison —dice Daisy, lanzándome una mirada—. Tú eres la que programó todo esto. Habría pensado que estarías un poco más emocionada.

—Lo estoy. —Mis ojos se atenúan hasta casi cerrarse—. Simplemente no puedo... estoy cansada, supongo.

Es la verdad, más o menos. No quiero ser pesimista, así que decido levantar la barbilla y ver el lado positivo. Miro a Savannah, que está embarazada de seis meses.

—Mi hermano Aaron será un marido maravilloso. Me alegro mucho por ti. —Mis ojos se calientan mientras toco su brazo—. Lo digo en serio.

Ella asiente.

—Gracias, Madison. Eres muy amable y gracias por ayudarme con la boda. Habría sido un desastre sin ti. —Sus ojos miran hacia abajo—. Quiero decir, mírame. Apenas podía ponerme los zapatos esta mañana.

Mis ojos bajan hasta su vientre, y es casi imposible apartar la mirada.

Es guapa y sé que mi hermano está orgulloso de ella.

Me invade un sentimiento de culpa.

—Vas a estar magnífica en el altar, con la barriga llena de gemelos y todo.

—Todas hicimos las cosas al revés, Savannah —añade Daisy, bebiendo otro trago de *prosecco* —. El bollo en el horno antes del matrimonio. Los hermanos Blake son solo un grupo de hombres excitados, supongo.

Inclinando la cabeza hacia un lado, aflojo la expresión.

—Sí. Esa herencia de 5 billones de dólares tiende a excitar.

Me encanta provocar a la gente. Lo hago por deporte.

Daisy resopla y pone los ojos en blanco.

—Vamos, todos son multimillonarios desde hace años. Apenas les importa la herencia.

Aprieto los labios y los miro a los ojos.

—Mentira —declaro—. Conozco a mis hermanos mejor que nadie. Amarán a sus esposas y adorarán a sus hijos para siempre, pero hay una persona que manda en la familia Blake.

Daisy arruga la cara y se rasca la sien.

Savannah arruga las cejas y se inclina.

Ensancho los ojos antes de revelar la respuesta.

—La abuela Farah. Era una verdadera matriarca poderosa —proclamo en voz baja y demasiado dramática—. Lo era todo para esta familia y nunca volverá a haber otra persona como ella.

—Amén a eso —declara Daisy, levantando su copa—. Farah es el lazo que nos une.



Ben

—Buenos días, Sr. Elliot —me saluda el limpiabotas cuando me siento en mi butaca habitual de The Blake.

—Gracias, amigo —le respondo—. Buenos días a ti también.

Thomas me limpia los zapatos de lunes a viernes a las 7:40 en punto. Es un ritual diario, y es algo... catártico.

Aplica betún a su cepillo y empieza a cepillar mis zapatos negros Santoni.

—Mi mejor amigo se casa este fin de semana. Supongo que estarás allí antes para ayudar —pregunto—. Pago doble, por supuesto.

—Sí, señor —responde, sus finos labios formando una sonrisa—. No me lo perdería.

—Excelente —respondo antes de relajarme en la silla y cerrar los ojos.

Thomas se aclara la garganta.

—El Sr. Blake lleva soltero mucho tiempo.

Me estremezco un poco al oír la voz que me interrumpe y mis mejillas se tensan.

—Lo hizo —respondo—. Sí. Encontró a alguien.

Thomas adquiere un brillo en los ojos.

—¿Podría seguir el mismo camino en el futuro?

Se hace el silencio mientras abordo la cuestión. Sería prudente encontrar pronto una pareja adecuada, como han hecho Aarón y sus hermanos. Pero el matrimonio no es solo cuestión de

elegir a alguien. Hay amor de por medio.

El amor es una emoción que nunca he experimentado.

He tenido mujeres en mi cama, claro. Pero el sexo era un acto de necesidad humana. Nunca deseé a ninguna de ellas. Solo necesitaba eyacular la acumulación de semen; un derecho que todo hombre tiene.

—No parece estar en mis cartas, Thomas —respondo finalmente.

Thomas lustra un zapato con una toalla marrón y continúa con el otro.

—Mi mujer y yo vamos para 46 años.

Levanto las cejas y, aunque es algo fingido, me alegro de verdad por él.

—Vaya, es maravilloso. Felicidades, tío.

Thomas termina de abrillantar y yo le deslizo el habitual billete de cien dólares.

—Ha sido un placer, señor —dice.

—Gracias, Thomas —le digo, bajando de la silla y dándole una palmada en la espalda—. Hasta mañana.

Thomas es indispensable. Lleva trabajando para The Blake más tiempo que yo y siempre tiene los consejos más agudos.

Juro que ha evitado dos grandes desastres en nuestra empresa durante el tiempo que llevo aquí: uno financiero y otro legal. Habría sido muy costoso de no ser por este hombre.

Atravieso las puertas de los empleados y saludo con la cabeza a todos los que me saludan. El cuartel general de Blake es mi hogar, y aquí me siento muy relajado.

De hecho, es raro que algo me sacuda hoy en día. Estoy bien curtido en los negocios y he aprendido a comunicarme al más alto nivel.

Pero no siempre fue así.

—No sé de qué estás hablando, Aaron —comenta una voz femenina agitada desde el otro lado de la pared del pasillo—. Se supone que el florista entregará los lirios mañana. Esto es una locura.

Su voz aterciopelada llega flotando a mis oídos y la reconozco de inmediato. Es la hermana de Aaron, Madison.

Me odia. Bueno, no *a mí, en* sí, pero odia a cualquiera del sexo masculino, y desprecia absolutamente a cualquiera que sea rico.

Yo soy ambas cosas.

—Bueno, la floristería tendría que traerlos por avión —se cuela la voz de Aaron desde el otro lado de la pared.

—Como quieras —responde la voz de Madison—. Eres multimillonario. Te lo puedes permitir.

—Tengo dinero porque no me lo gasto en cosas como cruzar el país volando con lirios —le dice a su hermana—. ¿No se suponía que eras la hermana sostenible? ¿Qué demonios ha pasado con eso?

Entro en el despacho de Aaron, como he hecho un millón de veces antes. Suele ser una fuente de consuelo, pero desde que empezó el frenesí de las bodas de Blake, ha estado frenético.

Madison se aparta la mano de la sien y me mira fijamente. Sus ojos color avellana se clavan en los míos y su mandíbula se afloja antes de mirar a Aaron.

—¿Qué hace él aquí?

Aaron hace caso omiso de su pregunta y me mira con los ojos muy abiertos, lo que en nuestra jerga significa *«sácame de aquí»*.

—Hey, hombre.

Miro a mi mejor amigo y le lanzo una sonrisa floja antes de apoyarme en el marco de la puerta.

—¿Estás listo para el gran día?

—No —me contesta rápidamente Aaron, y luego hace un gesto a su hermana—. Madison está cabreada porque quiere lirios en las mesas y la florista no puede hacerlo.

—Y ahora la florista está enferma con gripe, y nadie me lo dice —suelta Madison, cruzándose de brazos y mirando a Aaron—. Así que una florista temporal está interviniendo y no tiene ni idea de lo que está pasando.

Los ojos de Madison reflejan puro pánico. Imagino que la planificación de la boda le está pasando factura. Es la tercera boda Blake que organiza para sus hermanos en 18 meses.

—Los lirios no son adecuados —informo, en voz baja—. No crecen de forma natural en Las Vegas y solo florecen en los meses de verano. —Dejo que digiera la información—. La boda de Aaron es en marzo.

Sus ojos se oscurecen.

—Gracias. Sé cuándo es la boda de Aaron —dice rotundamente—. La estoy organizando, como he organizado otras dos. ¿Podrías ser menos condescendiente?

—En absoluto. —Sacudo la cabeza y agito la mano, sin intención de ofenderla—. Mi madre era botánica, así que sé de flores.

La mirada de Madison se suaviza.

—Oh. —Se inclina, pero luego se contiene y endereza la postura.

—Los lirios podrían estropearse con nuestro calor de Las Vegas —informo—. Y su fuerte fragancia podría opacar la comida si los colocas en las mesas de la cena.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunta con la boca gacha—. ¿Poner cactus en las mesas?

—Son cactos —corrijo.

Arruga la cara.

—¿Qué?

—El plural de cactus es cactos.

Pone los ojos en blanco.

—Dios mío, me está volviendo loca.

—Puede que sí —empieza Aaron, frunciendo los labios. Se apoya en una fila de armarios y se mete las manos en los bolsillos—. Pero Ben sí que sabe de flores.

Chapter 2



Madison

—Esto es una gilipollez —les digo a los dos hercúleos hombres que se alzan sobre mí—. Ben no está trabajando en los arreglos florales.

Ben no dice nada mientras mira a Aaron.

Aaron mira hacia la pila de papeles de su escritorio. Luego vuelve a mirarme como si le doliera.

Pedirle a mi hermano que lo resuelva es inútil. Aaron quiere casarse, pero apenas le importa el evento de la boda. Podríamos servir cenas de televisión y arrancar algunos dientes de león del suelo para los invitados, y él ni pestañearía.

Cuando habla un hermano mío, básicamente tengo que callarme y acatar órdenes.

En este caso, quiere que trabaje con Ben, por quien movería montañas. Por *supuesto que quiere que trabaje con* Ben. Entonces ambos pueden dominar y socavar cada movimiento que hago.

Ben es una de las personas más extrañas e increíblemente atractivas que he conocido.

Primero, es enorme. No me malinterpretes, es cien por cien atractivo, pero no sé por qué es tan grande. Es un hombre enorme, enorme. Mide 1,90 y sus hombros son tan anchos que apenas cabe por la puerta.

De pie junto a Aaron, parecen un par de gigantes.

Urgh. Odio estar en una habitación de hombres de gran tamaño.

Suena el teléfono de la mesa de Aaron, rompiendo mis pensamientos.

—Salvado por la campana —murmura Aaron en voz baja mientras se dirige a su escritorio. Contesta al teléfono y pone a la persona que llama en espera.

—Chicos, tengo que contestar —dice, extendiendo los brazos para acompañarnos a Ben y a mí a la puerta—. Voy a tomar una decisión ejecutiva aquí. Me gustaría que vosotros dos trabajarais juntos en las flores. Savannah y yo estaríamos muy agradecidos, y confío en que tomaréis buenas... decisiones florales.

Antes de esperar una respuesta, Aaron vuelve a su llamada telefónica y saluda a quien esté al otro lado.

Me congelo. Sé que no me acaba de decir que trabaje con Ben.

Dime que no acaba de hacer eso.

Expulso aire por las fosas nasales e intento masajearme el lóbulo frontal.

Ben, una sólida pared de músculo masculino, se para en la puerta y me mira fijamente.

¿No ve el problema?

No podemos, no debemos, trabajar juntos en esto. Debería poder tomar mis propias decisiones y planear la boda perfecta. ¿Por qué mi hermano no puede confiar en mí en esto?

Aaron se despide de nosotros en silencio y Ben se mueve de su posición junto a la puerta.

Le sigo fuera.

—Veo que no quieres mi ayuda —comenta Ben por encima del hombro.

Mi espalda se desploma.

—No es eso —suelto—. Solo estoy cansada de que mis hermanos me manden.

—Sí, puedo entender que eso es agotador. Yo también tengo hermanos. Pero extrañamente, siempre que se entrometen en mis asuntos, suelen ser mujeres.

Se ríe entre dientes y cruza los brazos sobre el pecho. Tiene los dientes blancos como perlas.

Mi cuerpo se queda inmóvil. Me sorprendo a mí misma mirando demasiado tiempo y me espabilo.

—Y dijiste que tu madre era florista.

—Botánica, pero sí, correcto —confirma—. Falleció hace unos años.

—Mi madre también falleció —revelo.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé.

—Oh, sí —digo, sin llegar a poner los ojos en blanco—. Eres el mejor amigo de Aaron. Claro que lo sabes.

Asiente, parece más abierto y comprensivo que de costumbre. O tal vez sea solo mi imaginación.

Me apoyo en la pared e intento respirar.

—No le digas a Aaron que dije esto, pero no puedo esperar a que esta boda termine. Será el último hermano y la última boda, pero siento que a nadie le importa esto tanto como a mí.

Ben se inclina hacia delante para examinarme.

—¿Por qué te importa tanto?

—No lo sé. Es mi contribución a la familia, supongo. Mis hermanos están haciendo cosas increíbles y ganando miles de millones de dólares. Mi maldita empresa de maquillaje no ha ganado ni un céntimo en dos años —divago, y luego me detengo para ver si me está escuchando.

Sus ojos miran atentamente mi boca.

—Podría dar un vistazo a tu empresa. Soy bastante bueno con la planificación financiera.

Ben, uno de los mejores alumnos del prestigioso Hertford College, fue el mejor de su promoción y se le conoce desde hace años como una calculadora humana. Es mucho mayor que yo y es una de las principales razones del éxito de mis hermanos en la empresa.

—Sí, vale. Gracias —murmuro antes de morderme el labio—. Siento que mis hermanos solo financian mi empresa de cosméticos para darme trabajo. Así que estas bodas son mi forma de compensarlo. He planeado todas, excepto la de Jax.

Su cabeza se balancea un poco hacia atrás, revelando la suavidad de su mandíbula angulosa.

—Ah, sí, la emisión de la boda del concierto.

—Sí, ya sabes.

Ben está muy unido a la familia y ha asistido a todas las bodas de mis hermanos. Incluso ha estado en los bautizos de sus hijos. Siempre está ahí.

Aunque nunca lo doy por sentado. Ben Elliot es la única persona a la que espero ver. De hecho, me he enamorado de él a lo largo de los años, pero lo he mantenido bien oculto porque mis hermanos me matarían. Especialmente Aaron.

Sus manos masculinas se deslizan en los bolsillos de su impecable traje negro y continúa mirándome, parpadeando.

Sacudo la cabeza para salir de mis pensamientos.

—Puedo entender que quieras contribuir, pero ¿por qué haces todo esto por tu cuenta? —pregunta—. Tenemos gente para esto. Somos multimillonarios, Madison.

Se me corta la respiración al oír mi nombre en su lengua.

—Como he dicho, quiero contribuir. No sería de mucha ayuda que me gastara todo el dinero de mi hermano en contratar a otra persona, ¿verdad? Además, tengo que escribir un discurso hoy, y nadie puede ayudarme con eso.

—Yo puedo.

—¿Tú? —suelto sin pensar—. ¿Después de la brillante actuación que tuviste en la boda de Jax?

Mira hacia abajo y luego hacia otro lado. Sus labios se tuercen hacia un lado.

—Lo siento —anuncio, un sentimiento de culpa me golpea—. No quería...

—No, es justo —responde, frotándose la nuca—. Aquella noche me quedé en blanco. No sé lo que pasó.

—En la televisión nacional —le recuerdo, tratando de restregárselo para sacarle de quicio.

—Ah, sí, en la tele. Muy cierto —confirma, sus ojos oscuros se clavan en los míos. Endereza la espalda y una comisura de sus labios masculinos sonríe—. Me has pillado.

Es casi como si fuera inmune a cualquier dolor que intente infligirle. No parece importarle que le pinche.

Extraño.

Mis entrañas se calientan, pero enseguida alejo esa sensación.

Su cuerpo se queda inmóvil y sus ojos bajan hacia mi cuerpo. Me mira de nuevo.

—Pero todavía puedo escribir un buen discurso.

Chapter 3



Ben

No sé en qué me estoy metiendo con la boda de Aaron. Primero mis incesantes divagaciones sobre las flores, y ahora me he ofrecido voluntario para trabajar también en el discurso de Madison.

Es una estupidez. Creo que solo quiero ayudarla.

Parece tan indefensa. Me dan ganas de abrazarla y decirle que todo va a salir bien.

Si supiera exactamente lo que pasa por su cabeza. Desde luego, no solo está preocupada por la boda, no. Hay más en juego.

Me relajo en mi silla favorita del limpiabotas y cierro los ojos.

Debe ser duro para Madison ver a todos sus hermanos casarse así mientras ella permanece soltera e intacta.

Especialmente cuando está tan... preparada.

Inspiro profundamente, dejando que el frío del aire acondicionado golpee mis pulmones.

Me viene a la cabeza la imagen de sus caderas anchas y curvilíneas, y mi polla se retuerce bajo los pantalones. Mi cuerpo se calienta.

Aparto ese pensamiento y me concentro en la tela blanca que limpia los arañazos de mis zapatos, cepillándolos y sacándoles brillo hasta que solo se ve una superficie de cuero pulido.

Mi limpiabotas y yo paramos y empezamos conversaciones a menudo, ya que me da la oportunidad de digerir el tema antes de responder correctamente.

Buscando continuar la conversación que tuvimos ayer, me encuentro con sus ojos.

—Lo raro es que Aaron es dos años más joven que yo y ya ha encontrado con quien casarse —admito.

Thomas deja de pulir y me mira.

—¿Seguro que no tiene envidia, señor?

—En absoluto —respondo, apretando los labios—. Le soy extremadamente leal y solo quiero lo mejor para él.

—Por supuesto, señor —afirma, ofreciendo un cortante movimiento de cabeza—. Perdóneme por pensar algo así.

Asiento y relajo los hombros.

—Es más bien que... le echaré de menos. Es mi mejor amigo, y después de que se case, no tendré a nadie.

Es triste, pero cierto. Estar en la cima es un juego solitario. Tienes gente a tu alrededor, hasta que ya no la tienes. Estoy agradecido por tener un amigo íntimo como Aaron, y no puedo soportar la idea de que nuestra amistad se desvanezca.

Thomas me mira.

—Y entonces, está pensando que si consigue una esposa, podrá pasar tiempo con Aaron más a menudo porque seguirán teniendo cosas en común —sugiere antes de arquear una ceja e inclinar la cabeza—. Como ir juntos al entrenamiento de hockey de los niños, por ejemplo.

Le sonrío.

Thomas podría ser la única persona en el mundo que me entiende además de Aaron.

Aparto los labios mientras enarco las cejas.

—Nunca dije eso, Thomas.

Me mira el zapato y lustra otra mancha.

—Ah. Por supuesto que no, señor.

Levanto los ojos y veo una coleta marrón dorada que se mece en el vestíbulo del hotel. Salto de la silla.

Thomas se pone nervioso.

—No hemos hecho el otro zapato, señor.

Saco un billete de cien de mi cartera.

—Seguiremos mañana —respondo, entregándole el billete extendido—. Gracias, Thomas.

Madison dobla una esquina y entra en el ascensor.

Me apresuro a alcanzarla y me deslizo hasta el ascensor justo antes de que se cierren las puertas.

—¿Otra vez aquí? —pregunto arqueando una ceja.

Normalmente no viene a la sede corporativa de The Blake, pero últimamente ha venido tanto que es casi como si tuviera un empleo aquí.

—Corta el rollo, Ben. Sabes que necesito tu ayuda. La boda es mañana. Ahora mismo estoy como un pollo sin cabeza —dice, girando el cuello para crujirlo y haciendo sonar los nudillos.

Es mona. Su animado lenguaje corporal me intriga. Últimamente habla mucho, pero es sexy porque sus labios son sensuales. Además, me gusta cuando pone morritos.

—Puedo ayudarte —ofrezco.

Los ascensores se abren y la hago pasar a una sala de reuniones vacía. Cierro la puerta tras ella.

—¿Recibiste las flores? —pregunto.

Sus cejas se levantan.

—Sí, la nueva florista apareció y extrañamente, las flores están listas. Acabo de verlas en la gran nevera de abajo. No son lirios, sino una mezcla de hortensias y algunas otras.

Ayer llamé por teléfono y le hice un pedido completo de flores. Los arreglos florales son pan comido para mí, y no quería que ella sufriera con demasiado trabajo.

—Quedarán bien dadas las circunstancias —afirmo asintiendo—. Las hortensias llamarán la atención, pero las gardenias se robarán el espectáculo.

Me estudia y frunce los labios.

—Las gardenias son... mis favoritas. —Sus ojos se entrecierran antes de aflojar la expresión—. Tú encargaste las flores.

—Pensé que ya tenías bastante con lo tuyo —afirmo.

Ella lanza un fuerte suspiro.

—Podrías haberme dicho que estabas haciendo esto.

Inclino la cabeza hacia un lado y extiendo las manos, pero no digo nada.

Su mirada se suaviza.

—Supongo que no puedo enfadarme —razona—. Las flores no son lo mío. Aunque deberían serlo, después de planear tantas bodas.

—Me alegra ver que por fin aceptas ayuda en lugar de enterrarte en tareas matrimoniales que no son tuyas —le digo.

Es un tema de conversación barato, pero mi curioso cerebro quiere saber más sobre por qué no ha encontrado una pareja adecuada cuando es evidente que es intachable en todos los sentidos.

Me lanza una mirada antes de morderse el labio.

—Mi propio matrimonio es lo último que me verás planear.

Hace girar un bolígrafo entre sus dedos y accidentalmente se le cae al suelo.

Voy a recogérselo y ella se agacha al mismo tiempo.

Sus suaves pechos se asoman a través de la blusa.

Mis ojos se quedan ahí, y no puedo apartarlos.

Nuestros dedos se tocan mientras le devuelvo el bolígrafo.

Un cosquilleo inmediato me recorre y me produce un destello instantáneo de excitación.

Vuelve a soltar el bolígrafo un segundo después de que se lo dé.

—Mierda.

El bolígrafo vuelve a caer al suelo y rebota.

Lo vuelvo a recoger y se lo devuelvo.

Su rostro sonrojado es del color de las rosas rosadas, y se irradia hasta su pecho.

Joder.

Mi mejor amigo nos mataría a los dos si viera esta pantomima entre su hermana pequeña y yo. No solo es mucho más joven que yo, sino que Aaron y yo tenemos un código de honor. No planeo romperlo.

Aparto los ojos.

—Deberíamos preparar ese discurso.

Empezamos haciendo una lista de las cosas que quiere decir, y luego trabajamos incansablemente en el discurso durante horas.

Es el día antes de la boda, así que está bastante justo.

Soy el padrino y preparé mi discurso hace semanas.

Es tarde. Las asistentas ya se han ido. La aspiradora ha dejado de funcionar y todas las luces del piso se han apagado excepto la nuestra.

No es la primera vez que vengo a deshoras, pero tener a una hermosa joven sentada a mi lado es algo insólito. Y por alguna extraña razón, hemos elegido sentarnos uno al lado del otro en lugar de uno frente al otro.

Cada vez que mis ojos recorren sus curvas, mi cuerpo quiere aspirar y experimentar cada parte de ella.

Escribe algo en su bloc de notas y me mira de reojo. Luego vuelve a concentrarse en su bloc y escribe más notas para su discurso.

—¿Puedo preguntarte algo? —empiezo antes de hacer una pausa—. Antes dijiste que nunca planearías tu propia boda. ¿Significa eso que contratarías a alguien para planear tu boda o que nunca te casarías en primer lugar?

Deja de escribir y me mira con sus grandes ojos coñac.

—Lo último. El matrimonio no es para mí.

—¿Por qué?

—Ya he vivido con hombres. Crecer con cuatro hermanos mayores fue suficiente. La casa estaba llena de testosterona, y siempre pasaba algo bruto en la casa. —Hace una pausa—. No me malinterpretes, adoro a mis hermanos y quiero a mi familia. Solo creo que los hombres están sobrevalorados.

Inclinándome hacia delante, la examino más a fondo.

—¿Estoy... sobrevalorado también?

Ella traga saliva.

—No. Tú eres diferente.

—¿Cómo?

—Bueno, no eres un salvaje neandertal —comenta ella—. Eres sincero y atento. Ayudas a la gente, como estás haciendo ahora, conmigo.

—Bueno, siempre he intentado dar lo mejor de mí, pero no ha sido fácil —admito—. No sé si sabes esto de mí, pero tengo un espectro autista.

Ella asiente.

—Sí, lo sé. Se corrió la voz después de que ayudaras al hermano de Savannah a entrar en Hertford College el año pasado. Ves, a eso me refiero con ser útil.

Se me levanta una comisura de la boca.

—Solo intento contribuir. Ayudar a la gente me hace sentir un poco menos aislado socialmente. Me ha llevado mucho tiempo incluso comunicarme con la gente. Tuve que superar mi tartamudez de niño.

Sus ojos parpadean dos veces y ladea la cabeza.

—¿Por eso no podías recordar el nombre de la mujer de Jax en su boda?

—Sigues sacando el tema —remarco.

—¿Cómo no? —pregunta.

—Sí, todo el mundo lo vio —digo.

Su cara se mantiene firme.

—Oh. Pensaba que era la única que lo vio.

—¿Qué? Salió en la televisión nacional —respondo, dejando que una leve sonrisa asome a mis labios—. Millones de personas vieron ese desastre.

—No lo creo —dice, tajante—. Revisé todo el discurso. Lo habrán cortado o habrán ido a una pausa publicitaria o algo.

Es extraño que haya revisado mi discurso, pero se equivoca. Estoy seguro de ello.

—Oí a alguien del público gritar su nombre para refrescarme la memoria —recuerdo.

—Fue Aaron —dice rotundamente—. Lo gritó para ayudarte. Estaba sentada a su lado.

Mi corazón se llena de gratitud por Aaron. Precisamente por eso no puedo soportar que se case, aunque sé que será bueno para él. Asiento con la cabeza y una lenta sonrisa curva mis labios.

—Aaron siempre me cubre las espaldas.

Se toma un codo con una mano mientras se da golpecitos en los labios con la otra.

—¿Por qué siento que realmente no te importa lo que pasó esa noche?

—Me preocupo —aclaro rápidamente, arqueando la ceja—. Pero no me regodeo en mis fracasos. Hacer eso solo me llevaría a un lugar oscuro, así que elijo seguir adelante.

Ella asiente.

—Debe ser por eso que no estás envuelto en un ego frágil como la mayoría de los hombres.

Sus ojos se posan en mi torso y se muerde el labio antes de apartar la mirada.

—Todos mis hermanos son el centro de atención en cualquier cosa que hagan en la vida. Ellos son lo primero —murmura, bajando la mirada mientras apoya la barbilla en la palma de la mano —. Yo soy la última.

—Yo también tengo hermanos, así que entiendo de dónde vienes —digo, ofreciendo una expresión pensativa—. Los hombres pueden llegar a ser demasiado competitivos, especialmente con sus hermanos.

Asiente con la cabeza.

—Ser la única mujer de la familia es como estar siempre en la sombra, esperando que te reconozcan. Pero la gente no te ve a menos que lleves una ropa bonita y te maquilles bien. Supongo que por eso acabé creando una marca de cosméticos —dice poniendo los ojos en blanco —. Mis hermanos son el centro de atención. Siempre.

Sonrío para aliviar su dolor.

—Parece que hace maravillas con la autoestima.

—Exacto —afirma, sonriendo y relajando un poco los hombros. Me estudia—. Pero no parece que *te* falte confianza. Incluso cuando te equivocaste con el nombre de la novia aquella noche, parecías un poco... robótico.

Me río entre dientes.

—Sí, me lo dicen mucho. He tenido que aprender a utilizar el lenguaje corporal para transmitir emociones. No me sale de forma natural.

Garabatea un pequeño dibujo infinito en su bloc de notas, y parece más relajada, aunque todavía ligeramente tensa.

Me encantaría aliviar su dolor tanto como pueda. Es una buena persona y merece sentirse bien en la vida. Levanto suavemente su barbilla con mi pulgar y el índice. Es la primera vez que la toco, y mis propias acciones me sorprenden.

Sus ojos se suavizan, pero siguen anhelando algo.

—Sé que es duro, pero eres su hermana pequeña —le digo—. Solo están siendo protectores. Todos lo somos.

Suspira y vuelve a bajar la mirada.

—Sí, pero para la gente solo soy una Blake. Una mocosa privilegiada, nacida con una cucharita de plata en la boca.

—¨Para mí no —replico.

—¿Qué soy para ti? —pregunta.

—Veo a una mujer guapa, inteligente y honesta que no sabe el efecto que causa en la gente.

Me observa atentamente.

—¿Tengo ese efecto en ti?

—Tengo los ojos pegados a ti desde que empecé a trabajar aquí —confieso, con la voz entrecortada—. Eres una persona preciosa, Madison. Por dentro y por fuera.

—Entonces, ¿por qué nunca me lo has dicho?

—Porque apenas tienes edad para votar —respondo—. Y yo estoy rozando los 40.

Tiene la boca abierta.

—Llevo mucho tiempo votando, muchas gracias. Tengo 26 años y tú ni siquiera tienes 40 — replica—. Tienes 36.

Me sorprende que sepa mi edad.

—Pero tenías 16 años cuando nos conocimos —le recuerdo—. Eras una niña, y no puedo olvidar ese día.

—Eso fue hace años —argumenta—. Las cosas cambian. *Yo he* cambiado. Ya soy mayor.

—Sí, bueno —digo, mis ojos se dirigen a sus pechos redondos—. Tu hermano es mi mejor amigo, y se pondría lívido.

—Mi hermano no tiene por qué saberlo.

Se relame los labios y se pasa una mano femenina por la melena ondulada. Ahora tiene la parte superior del cuerpo mirando directamente hacia mí, de modo que puedo ver la torsión y el arco de su espalda.

Mi polla se pone rígida y estira la tela de mis pantalones Armani.

¿Por qué teníamos que sentarnos tan cerca?

Miro hacia otro lado. No puedo hacerlo. No puedo follarme a la hermana pequeña de mi mejor amigo la noche antes de su boda. Me levanto de la mesa de conferencias.

—Es tarde y aún tenemos trabajo que hacer con tu discurso. ¿Tienes hambre?

Ella asiente, sin dejar de mirarme.

—El local de abajo hace un dim sum excelente —informo.

Sus ojos no se apartan de los míos. Estira la espalda como un gatito y saca pecho.

Trago saliva.

—¿Dim sum?

Menea la cabeza y no dice nada. Sus ojos se desvían hacia mi pecho o mi entrepierna, antes de volver a posarse en mi cara.

La deseo de la peor manera posible. ¿Por qué me tienta así?

Vuelvo a apartar los ojos mientras mi respiración cobra vida propia. El sudor me salpica el labio superior.

—¿Por qué siento que me estás suplicando ahora mismo?

Hace girar su delicioso pelo castaño alrededor de su dedo y deja que los brillantes mechones se desenreden sobre su hombro.

—Porque lo estoy haciendo.

Exhalando un cálido suspiro por las fosas nasales, dejo que la excitación se extienda por mi entrepierna.

Me voy a arrepentir de esto.

Chapter 4



Madison

Me aprieta el cuello y tira de mí hacia él para que sus labios masculinos se alineen con los míos.

Estar tan cerca de él en una habitación tranquila después de horas... mi cuerpo no puede soportar más tortura. La excitación me recorre el vientre y me llega hasta el fondo. Deseo a este hombre.

Abro la boca para aceptar su lengua penetrante y su calor me envuelve la cara.

Su fuerte mano pasa de mi nuca a mi espalda, donde sus dedos recorren mi piel.

Exhalo un suspiro mientras toda la tensión se libera de mi cuerpo.

La forma en que me está tocando ahora... es como un retiro de placer en un spa. ¿Quién diría que sus grandes manos eran tan suaves?

Respirando suavemente en las comisuras de mi boca, desliza su aterciopelada lengua por la mía, una y otra vez.

Mi lengua sigue recorriendo su boca, palpando todos los rincones de la abertura mientras mis pulmones aspiran su aroma a cedro y menta. Mi cuerpo se estremece al exhalar.

Me besa de nuevo, esta vez con más fervor que la anterior. Sus suaves labios recorren mi clavícula y continúan por mi pecho.

Cuando llega a los botones de mi blusa de seda, me mira a los ojos. Luego desabrocha cada botón hasta dejar mi sujetador al descubierto.

Mis ojos flotan hacia las ventanas de la sala de conferencias, pero está oscuro y no puedo ver hacia fuera.

—No deberíamos estar haciendo esto —susurra mientras tira de mí hacia delante para desabrocharme el sujetador—. Esto está mal.

—Entonces, ¿por qué se siente tan bien? —le susurro, mi cuerpo tiembla por su contacto.

Su gigantesca mano cubre un pecho entero. Lo acaricia y masajea antes de lamer la areola y llevarse todo el tierno pezón a la boca.

Chupa suavemente mientras frunce las cejas. Luego me aprieta contra la silla y se arrodilla.

—Quiero que te sientas bien —me dice, subiéndome la falda de punto negro por encima de la cintura—. Es todo lo que quiero.

Asiento con la cabeza mientras mi garganta suelta un gemido.

Me besa las curvas del vientre y me baja las bragas hasta el suelo para dejar al descubierto mi oscura mata de pelo.

El aire acondicionado se pone en marcha y enfría el sudor que se forma en la parte superior de mi espalda.

Pongo la mano sobre su ancho hombro—algo que casi me daba miedo hacer—y lo siento fuerte, pero suave, bajo las yemas de mis dedos.

Frunce los labios y gime ante mis caricias, así que lo hago más, sintiendo sus bíceps musculosos gigantes y sus antebrazos venosos.

Sus ojos se clavan en los míos mientras separa mis muslos.

Apoyo un zapato en la mesa de conferencias y dejo que me vea. Quiero decir, que me vea de verdad.

Su espalda se endereza antes de inclinar la cabeza hacia un lado y se limita a observarme. En sus ojos hay una fiera de necesidad mientras su dedo curioso recorre los labios de mi núcleo.

—Tan, tan mojada. ¿Es para mí?

—Sí, Ben. Es para ti.

Su respiración aumenta al sentir la humedad y desliza un dedo masculino en el empapado agujero.

—Ya eres mayor.

No puedo creer que por fin esté ocurriendo.

—¿Me dejarás probarte?

—Sí —respondo, pero mi voz suena más chillona de lo que me gustaría, así que me aclaro la garganta y lo repito—. Sí, Ben. Por favor.

Levanta las cejas y me observa antes de que su aterciopelada lengua lama mi rollizo clítoris.

Gimiendo su nombre, me agarro a la mesa con el talón para elevar la pelvis hacia su boca. Mi otro pie tantea en el aire, intentando apoyarse en la pata de una silla.

—Me siento tan bien —gimo mientras balanceo la cabeza hacia atrás para respirar.

Hace tanto tiempo que lo deseo. Tener sus manos y su boca recorriéndome es un sueño hecho realidad.

Rodea el clítoris con una lengua firme y mete un dedo experto en mi raja.

El calor me invade por dentro y grito su nombre.

Responde acelerando el clítoris hasta que mis jugos femeninos inundan su boca y mi cuerpo se estremece bajo sus garras. Se detiene y se levanta. Endereza la espalda y se desabrocha los pantalones mirándome a los ojos. Saca una enorme polla.

Se me abren los ojos y me quedo con la boca abierta. Es enorme. Me encojo en la silla mientras el largo y grueso miembro se estira hacia mí.

—Es tan grande.

Sus ojos adoptan una mirada compasiva. Asiente con la cabeza.

—Sí, pero seré amable, Maddie. Te lo prometo.

Trago saliva y asiento con la cabeza, con los ojos nublados por una neblina sexual.

Sus musculosos brazos tiran de mí hasta el borde de la silla del despacho.

Rodeando su firme trasero con una pierna, me preparo para la dura carne masculina.

Acaricia la polla dos veces antes de colocarla en la base de mi canal y empujarla a través de la raja.

Mi garganta suelta un profundo gemido cuando la larga vara se estira a través de la abertura.

La introduce lentamente y la habitación se queda en silencio, salvo por mis gemidos. Me la mete hasta el fondo, se detiene y me respira en la oreja.

—Estás apretada, pero me estás absorbiendo muy bien. ¿Estás bien?

El sonido de su voz profunda en mi oído hace que una nueva excitación recorra mi cuerpo. Asiento con la cabeza y me lamo los labios para humedecerlos.

—Sí. Me gusta.

Una sonrisa asoma por la comisura de sus labios masculinos y tira de las caderas hacia atrás antes de empujar de nuevo.

—Eres tan hermosa. Voy a correrme más rápido de lo que pensaba. —Pone los ojos en blanco y se queda quieto unos instantes.

Mi cara se frota contra su pecho masculino y respiramos juntos.

Me la mete con fuerza y yo gimo.

¿Por qué se siente tan bien? A este ritmo, los dos llegaremos al orgasmo en unos segundos.

Respira hondo y exhala antes de penetrarme del todo. Luego bombea una y otra vez. Sus movimientos son lentos, seguros y posesivos.

El placer me recorre en oleadas y se concentra en mi interior. Aprieto mi pierna contra él, permitiendo que mi ansioso canal se eleve para encontrarse con la polla. Quiero más.

Percibe mi hambre y me clava la gruesa longitud.

La electricidad recorre mi cuerpo y un gemido de éxtasis sale de mi garganta.

Él responde bombeando más fuerte y más rápido dentro de mí.

El movimiento brusco me lleva al límite. Mi clímax aumenta hasta que llego a la cima y exploto, gritando su nombre. El placer me recorre por dentro.

Sigue presionándome hasta que de repente se detiene y retira la polla.

Sus jugos aterrizan en la parte inferior de mi muslo, y él lo masajea con una suave palma mientras ambos nos recuperamos y respiramos.

Todo mi cuerpo vibra de satisfacción.

Se aparta de mí, sus ojos siguen clavados en los míos.

Contengo la respiración y aprieto las piernas para que dejen de temblar.

Extiende una mano y me ayuda a levantarme de la silla.

—Ven aquí —me ordena, tirando de mí hacia su pecho y rodeándome con sus brazos—. ¿Te sientes mejor ahora?

Apoyo la frente en su torso, donde me siento segura y protegida. Asintiendo, le inspiro.

—Sí.

—Buena chica. —Me alisa el pelo y me besa la cabeza—. ¿Tienes hambre?

Mi mano recorre su vientre hasta su sendero pélvico.

—Sí, puedo comer.

—Excelente. Haré que la cocina traiga algo de comida.

Pasamos la hora siguiente comiendo un exquisito dim sum y un elaborado plato de fideos vegetarianos, mientras seguimos escribiendo el discurso. Trabajar en el discurso es engorroso, pero seguimos adelante.

Hago girar un fideo alrededor de mi palillo.

—Hacemos un buen equipo.

Su tenedor se detiene en el aire y sus cejas se fruncen antes de mirarme.

—Lo hacemos.

—Eres mucho mejor que un neandertal —comento, entrecerrando un ojo.

Se ríe entre dientes.

—¿Seguro? He oído que hacen el amor apasionadamente y pueden llegar a ser compañeros muy adecuados.

Me río.

—Hmm. ¿De dónde sacaste esa información?

—De mi estantería de hombres neandertales —responde, manteniendo la cara seria—. Tengo muchos libros.

—¿Y tú? —pregunto.

—Absolutamente —confirma, antes de reírse.

Nos sentamos en un cómodo silencio tras terminar de comer y ninguno de los dos hace ademán de irse, aunque la boda es mañana.

Las otras bodas me tenían revuelta. Pero ahora, es casi como si no me importara tanto. Es confuso, pero prefiero aferrarme al hoy. Me giro para estudiarle.

Se queda quieto, observándome en silencio.

Siento el vientre aireado, como si apenas hubiera comido.

Jugueteo con el borde de una servilleta y miro el reflejo de nuestra ventana. Está oscuro fuera de la habitación.

—Siento como si hubiéramos estado aquí desde siempre.

Sus musculosos hombros se relajan y sus ojos penetran en los míos.

—Podría quedarme para siempre.

Mi pecho se calienta mientras una sonrisa levanta la comisura de mis labios.

—Yo también.

Chapter 5



Ben

La boda es un impresionante oasis de satén, encaje, flores y elegancia. Ambientada en The Blake en el lago Las Vegas, parece sacada de un cuento de hadas.

Madison hizo un trabajo impresionante, y hay pruebas de ello por todas partes. Desde los delicados arreglos florales hasta las brillantes luces de hadas, todo el conjunto es una experiencia encantadora.

Uno podría perderse en ella.

Y así es.

Mientras la novia de Aaron camina hacia el altar, me imagino la cara de Madison.

Cuando Aaron y su novia intercambian sus votos, una imagen mía y de Madison flota en mi cabeza.

—Ben —susurra Aaron.

Salgo de mi aturdimiento y le miro.

—¿El anillo? —pregunta.

Se me acelera el pulso y el sudor me salpica la frente. Parpadeo deliberadamente para concentrarme. No es mi boda. Es la de Aaron. Mi mejor amigo. El que confía en mí para *todo*.

Me meto la mano en el bolsillo y busco los anillos. Cuando por fin los encuentro, se los doy a Aaron.

Se queda de pie y me observa durante unos segundos. Luego me quita los anillos y mira a su novia.

La culpa me golpea los costados. Joder. Si se enterara de lo que hice anoche con su hermanita, estaría fuera de sí de angustia.

Peor aún, probablemente lo perdería como amigo.

Las náuseas se apoderan de mi estómago. Es algo en lo que no quiero ni pensar. ¿Por qué coño no podía alejarme de Madison?

Inspiro, pero acaba enfriándome la garganta, ya reseca, y toso.

Aaron me devuelve la mirada.

Me aclaro la garganta con un puño tenso en la boca antes de devolver la mano a mi costado.

Entonces me encuentro con sus ojos.

Madison.

Hoy es dama de honor, y la más guapa de la boda. Mueve sus largas pestañas para guiñarme un ojo y sonríe.

Me saca de mi ansiedad y me tranquiliza. Relajo los hombros y le devuelvo la sonrisa.

Su piel suave y tersa me produce un efecto meditativo.

Podría mirarla durante décadas. Le digo con la boca «Es precioso», señalando la enorme habitación con la mirada.

Los ojos de Aaron pasan de mí a su hermana y luego vuelven a mí.

Joder.

Lo ha visto.

Mi corazón se acelera. Si no se ha dado cuenta de la conexión entre Madison y yo hace un par de minutos, seguro que lo sabe ahora.

Esta es la segunda cagada en cinco minutos, y no son cinco minutos cualquieras. Es el conjunto más importante de minutos en la vida de mi mejor amigo, y lo estoy echando a perder por una chica. Su hermana pequeña, nada menos.

Cierro los ojos y me comprometo a no mirar a Madison hasta que tenga tiempo de confesarme. Nunca le he mentido a Aaron y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Necesita oír la verdad.

El día sigue su curso correcto. Después de que Aaron y Savannah intercambien sus votos, sellan su compromiso con un beso y el cura los declara marido y mujer.

El sentimiento de pérdida pesa sobre mis hombros. Debería alegrarme por ellos, ¿por qué siento que he perdido?

Me sacudo la sensación y me dirijo al salón de baile con toda la comitiva nupcial, donde lo celebramos con champán burbujeante, golosinas decadentes, sonrisas y alegría.

Jax Blake y su esposa interpretan sus grandes éxitos para el público y hacen que todos se desmayen con las canciones de amor.

Y luego están los discursos, que son un borrón interminable.

Estoy tan ocupado intentando ignorar a Madison que no recuerdo ni una sola cosa que se ha dicho durante el discurso de nadie. No oigo el discurso del novio, ni el de la novia, y desde luego no oigo el de Madison.

Incluso mi propio discurso es incoherente. Es un auténtico desastre, pero parece que ha salido bien porque el público me aplaude.

En el primer baile, mi mejor amigo y su novia bailan de maravilla. Es evidente que están hechos el uno para el otro, y nadie puede negarlo.

¿Llegaré alguna vez a experimentar la misma alegría?

Escudriño la habitación en busca de Madison, a quien he perdido en mis esfuerzos por girar la cabeza hacia otro lado.

Cuando la encuentro, un hombre está frente a ella, pidiéndole la mano. Pidiéndole un puto baile.

Aprieto los puños y la adrenalina me sube por los antebrazos.

Para mi alivio, ella niega con la cabeza y el tipo, al que ni siquiera conozco, se aleja mirándose los zapatos.

Dirige su atención hacia mí con las cejas fruncidas.

Desvío la mirada inmediatamente.

Otros dos hombres se le acercan durante los 30 minutos siguientes y le piden la mano para bailar.

Sonriendo amablemente, niega cada vez con la cabeza. Luego mira en mi dirección.

Cada vez, miro hacia otro lado. El dolor me desgarra el cuello y me resulta imposible relajar la cara.

No podemos hacerlo.

El sudor me salpica la frente mientras estiro el cuello para crujirlo y aflojar la tensión.

Llega un cuarto hombre y le pide la mano.

Ella asiente, se levanta y le pone la mano encima.

Joder.

Juntos, se unen a mi mejor amigo y su nueva esposa en la pista de baile.

El calor inunda mis fosas nasales. Me alejo de la mesa y me levanto de la silla, dejando que mis pies me guíen fuera del salón de baile.

La cabeza me da vueltas. No sé si es porque estoy perdiendo a mi mejor amigo, perdiéndola a ella, o ambas cosas. O tal vez es solo el alcohol.

No importa donde vaya. No puedo estar allí, mirándola, y perder la cabeza. Salgo a los jardines y el aire caliente de la noche me golpea la cara.

De repente, la puerta se abre y aparece Madison, con el rostro ansioso y los labios rosados apretados. Se cubre el pecho con sus brazos bronceados, un pecho que yo había acariciado un día antes, pero que ahora no me pertenece.

Me atraviesa el corazón con la mirada y levanta la barbilla.

—He esperado a que me sacaras a bailar. No lo has hecho.

—¿Cómo podría? Eres la hermana de mi mejor amigo.

—¿Y qué? Tengo mi propia vida —afirma—. Tomo mis propias decisiones.

—Parece que no entiendes lo que está pasando. Aaron es mi mejor amigo y estamos muy unidos —le explico—. Si decido ser avaricioso y tomarte como mía, lo perderé a él. Es como si cambiara a uno de vosotros por otro. No puedo soportarlo.

Ella levanta la mano.

—Bueno, adelante entonces, elígelo a él antes que a mí. —Ella entrecierra sus ojos húmedos antes de fingir una sonrisa—. Como te dije, mis hermanos están en primer lugar, ¿no?

Cierro los ojos. No soporto verla llorar, pero mi incapacidad para consolarla me está volviendo loco.

—Aaron es como un hermano para mí. Si lo pierdo como amigo después de todo lo que ha hecho por mí, la habré cagado de verdad en la vida.

Acaricio las lágrimas de su cara e intento secárselas con distintas partes de la mano.

—No es que no te quiera. Te deseo mucho, Madison —admito, sintiendo que mi voz se engrosa por la emoción—. Pero no puedo deshonrar a mi mejor amigo robándole a su hermana. Los dos sabemos lo protector que es. Sería una mierda para los tres.

No dice nada mientras le caen más lágrimas por la cara. Me siento impotente. No soporto verla así. Mi objetivo siempre ha sido ayudarla, pero ahora le estoy haciendo daño.

Alargo la mano, la atraigo hacia mí y la abrazo fuerte, aunque solo sea un momento. Debo hacer que estas lágrimas dejen de caer. ¿Cómo puedo...?

—¿Qué coño está pasando aquí? —La voz de mi mejor amigo retumba en el patio.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras la alejo de mí. Es mi reacción instintiva y al instante me odio por haberlo hecho.

—Aaron, tenemos que hablar, tío —razono.

Sus ojos asqueados pasan de mí a Madison y de nuevo a mí. Hace una mueca y está más enfadado que nunca. Se frota la mandíbula tensa y mira hacia otro lado. Luego me mira a

bocajarro.

—¿Te has follado a mi hermana?

Los latidos de mi corazón laten en mis oídos. Si me hubiera arriesgado a confesar esta mañana... No digo nada. No me salen las palabras, pero mi silencio no funciona en esta situación.

—Yo quería... yo... yo quiero...

Joder. Joder, *habla, Ben*. Cierro los ojos e intento reconocer mi tartamudeo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, mi mejor amigo está de pie a diez centímetros de mi cara.

—¿Te la has follado?

Deletrea cada sílaba.

Levanto la barbilla y hago lo que haría cualquier hombre en mi posición. Miento.

—No.

Sus hombros permanecen tensos.

—Entonces, ¿por qué estás...

—Sí, Aaron —suelta Madison, apartándose la melena oscura del hombro y poniendo las manos en las caderas—. Hemos follado.

No la mira. Se queda de pie frente a mí, furioso.

—Confiaba en ti, tío. Eres como un hermano para mí, y te dije específicamente que *no* hicieras eso. —Sus ojos lagrimean y su voz se llena de emoción—. Es mi hermana pequeña. ¿Por qué me harías eso?

—Aaron, él no te hizo nada —replica Madison—. Los dos queríamos, y era nuestra decisión, no la tuya.

Aaron mira sin comprender a su hermana.

—Hablaremos más tarde.

Cuando se vuelve hacia mí, tiene los ojos llorosos. Parece dolido.

Introduzco aire en mis pulmones e intento respirar.

—Tu hermana es preciosa. Hemos pasado mucho tiempo juntos trabajando en tu boda, y subestimamos totalmente cómo nos afectaría. Nosotros...

—Para —sisea Aaron, extendiendo una mano y haciendo una mueca—. No quiero oír más de esta mierda.

—Aaron. —Inspiro profundamente antes de meterme de lleno en mis sentimientos—. Creo que también tengo miedo de quedarme atrás.

—¿Qué?

—Tú y tus hermanos estáis encontrando gente maravillosa con la que sentar la cabeza. He estado en cuatro bodas preciosas en los últimos 18 meses —le explico—. Sé que todo el mundo a mi alrededor piensa que soy como una extraña máquina robot, pero... esto... esto tocó una fibra sensible de envidia dentro de mí, y ahora me siento tan solo.

—Has tenido una docena de chicas entrando y saliendo de tu vida —replica—. ¿Por qué coño te enrollarías con mi hermana, de entre todas las personas?

—Temía que una vez que te fueras de aquí como un hombre casado, ya no estuviéramos tan unidos.

—Bueno, ahora no lo estamos —dice rotundamente—. Buen trabajo.

Me está aplastando. Tal como me temía, los estoy perdiendo a los dos y es una maldita pesadilla.

—¿Qué puedo decir? —Mis brazos se extienden con las manos abiertas—. Solo soy un hombre, y soy codicioso. Quería a alguien para mí, y tu hermana estaba ahí.

Pasa un rato de silencio y, por el rabillo del ojo, veo a Madison.

Un destello de ira parpadea en sus ojos y toda su cara se vuelve hacia abajo. Parece lívida.

—¿Qué? ¿Esa es la razón por la que nos acostamos ayer? ¿Solo querías a *alguien*? —Levanta las cejas—. ¿Solo... *alguien* para llenar el vacío?

—No, maldita sea. —El mundo gira y no puedo detenerlo. El dolor me recorre la cabeza mientras los miro a los dos. Me presiono las sienes con las yemas de los dedos. Hago que pare—. Todo lo que pasó ayer... fue real —le digo—. Llevo años soñando con ello. Y…

Aaron expulsa aire por las fosas nasales y sacude la cabeza.

—Esto es asqueroso. Ya no sé quién coño eres, tío.

Madison echa una bocanada de aire y mira a Aaron. Tiene los ojos húmedos, pero su cuerpo está quieto y concentrado en su hermano.

—Yo no te importo. Solo quieres las cosas a tu manera. Hasta ayer, pensaba que *nunca* querría casarme. Ahora que he encontrado a alguien, quieres alejarlo de mí. ¿Para qué? ¿Para defender tu honor? Pues enhorabuena —arremete—. Tú ganas. Como siempre.

No espera respuesta de él.

En lugar de eso, me mira, con los ojos oscuros y llenos de dolor y rabia.

—Y Ben, ¿quieres una compañera para no tener que estar solo? —Hace un gesto hacia el salón de baile—. Vuelve allí y elige. Estoy segura de que encontrarás mucho alimento para tu polla. —Hace una pausa—. Cualquiera servirá, ¿verdad?

Sus ojos se apagan.

—Se acabó.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta. La abre y sale sin mirarnos ni una sola vez.

Chapter 6



Madison

Me voy tan rápido como mis pies me llevan, lejos de aquí. Lejos de mis hermanos y de Ben. Lejos de este hotel multimillonario con mi apellido escrito por todas partes, un nombre del que ni siquiera puedo llevarme el mérito porque no tengo nada que decir en la vida.

Odio esto. Odio a todos. Incluso a Ben.

No, no lo odio. No le odio. Me llevo la mano a la boca mientras las lágrimas empañan mis ojos. ¿Qué estoy diciendo?

No soporto que haya negado todo lo que vivimos ayer y que haya mentido.

Eso demuestra que no había mucho de nada entre nosotros, y también me recuerda por qué no necesito a un hombre en mi vida arruinándolo todo.

No, es al contrario, creo que le quiero. Pero lo amo lo suficiente como para dejarlo ir.

—¡Maddie! —Una voz llama. Es Savannah, la novia de Aaron. Giro ligeramente la cabeza y veo un borrón blanco de vestido de novia corriendo detrás de mí.

Sigo caminando, pero me invade un sentimiento de culpa y me detengo para darme la vuelta.

Su cara tiene una mezcla de preocupación y alegría, todo mezclado en una sola expresión. Me limpio las mejillas para destruir la evidencia de las lágrimas, pero es estúpido porque probablemente mi cara esté de un rojo intenso.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Seguro que Aaron ya te lo ha dicho —respondo.

Ella niega con la cabeza.

—No, no le he visto. Debe haber salido o algo así —responde—. Solo le he visto salir enfadado.

—Es una larga historia —respondo, medio girándome.

—Bueno, no tienes que compartir si no quieres, pero ya sabes... ahora somos hermanas. Se supone que debemos ayudarnos.

Mi cara se afloja.

—Tienes razón. —Respiro, tratando de averiguar por dónde empezar—. Empecé a ver a alguien, y Aaron no lo aprueba.

Se hace el silencio.

—¿Es Ben?

Me doy la vuelta antes de estudiarla.

—¿Cómo lo has sabido?

—Veo cómo os miráis cuando estáis en la oficina. Es como la forma en que Aaron y yo solíamos mirarnos. Vosotros dos tenéis algo. Está más claro que el agua.

Antes de que Savannah y Aaron se conocieran, ella trabajaba como asistente de él. Ben trabaja con los dos, así que se conocen muy bien.

¿Es posible que ya haya experimentado lo testarudo que puede llegar a ser mi hermano? La miro fijamente.

—Debe de haber sido duro trabajar codo con codo en un entorno profesional, sabiendo todo el tiempo que deberíais estar juntos.

Savannah echa la cabeza hacia atrás y sopla aire por las fosas nasales.

—Aaron no dejaba que pasara. Era como si tuviera vendas en los ojos. Apenas me miraba cuando estaba en su presencia —recuerda sonriendo—. Pero luego le pillaba mirándome, así que era obvio lo que pasaba. Y entonces, un día, sucedió, y no había nada, absolutamente nada, que pudiera separarnos después de eso.

—Sí, mi hermano puede ser testarudo. Debe ganar y al diablo las consecuencias —comento—. Cree que todas las mujeres son problemáticas, incluida yo.

Ella arquea una ceja.

—Sí, *casi* gana —se ríe—. Básicamente tuve que desfilar delante de él semidesnuda para que bajara la guardia.

Sonrío, pero enseguida vuelvo a fruncir el ceño.

—Bueno, yo no soy una de sus empleadas. Soy su hermana, y no hay ninguna demanda pendiente sobre su cabeza. Debería querer que fuera feliz.

—Y lo quiere —dice Savannah, con los ojos pensativos—. Pero algo me dice que su miedo y su ira tienen que ver con Ben, su mejor amigo. No contigo.

Mi cerebro se revuelve.

—¿Cómo?

—¿Qué crees que pasaría con su amistad si Ben y tú os juntarais y no funcionara? —pregunta —. ¿Y si hubiera una ruptura desagradable?

Conecto los puntos.

—Eso es en realidad lo que acaba de pasar —digo rotundamente—. Se han dicho cosas horribles. Nunca los había visto tan alterados. Ben empezó a tartamudear. Es autista, ya sabes.

—Lo sé. —Sonríe—. Ayudó a mi hermano a entrar en Hertford.

Asiento con la cabeza, tragando saliva. Mis ojos se llenan de lágrimas mientras mis hombros se levantan.

—Creo que ya no son mejores amigos, y me siento fatal por ello.

Me estrecha en sus brazos.

—No es culpa tuya, cariño.

—Pero yo causé toda esta mierda. Solo deseaba tanto a Ben. Ni siquiera se supone que me interesen los hombres, ¿recuerdas? Pero entonces, él estaba allí, y ... y ... —Resoplando, me aparto—. Voy a arruinar tu vestido.

—No te preocupes por eso cariño. Ya no necesito este vestido porque ya estoy casada.

Se ríe entre dientes.

Una pequeña sonrisa levanta la comisura de mis labios.

Cuanto más pronuncia la palabra matrimonio, más envidia me da. Si hubiera tenido más

tiempo antes de que Aaron viera a Ben.

Podría haberle facilitado la situación. O Ben podría haberle advertido.

Cualquier cosa habría sido mejor que lo que ha pasado esta noche, nada menos que en su boda.

Suspiro. Savannah podría ser la hermana que nunca tuve. Me separo de ella y me pongo de pie.

—Sabes, eres mayor que yo.

Ella arquea una ceja.

—Mayor y *casada*, querida.



Ben

La dejé marchar. Dejarla huir fue la decisión más sensata que había tomado en las últimas 48 horas.

Un sacrificio, si se quiere. Espero que Aaron acepte mis disculpas.

Tiene razón, de todos modos. Soy una mierda por follarme a su hermana pequeña, especialmente después de que me lo advirtiera.

Tenía que tenerla, tenía que ser un avaricioso hombre de las cavernas, y ahora estoy aquí sin nada. ¿Por qué no pude hacer lo correcto y alejarme de ella?

Aaron sigue furioso mientras me mira con los ojos entrecerrados. Se lleva una mano a la cabeza.

—¿Qué coño, tío?

El mayor de los hermanos Blake, Noah, asoma la cabeza por la puerta y nos mira a los dos.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta—. Los invitados están haciendo preguntas.

—Ben se folló a Madison —suelta Aaron. Sus ojos están rojos y brillantes. Es como si la explicación le hubiera provocado una nueva oleada de rabia.

Noah me mira y luego mira directamente a Aaron.

—¿Y?

Hace un gesto hacia mí sin mirarme.

—¡Tiene 10 años más que ella! —Aaron levanta las manos al cielo—. ¿Soy el único que se preocupa por nuestra hermana pequeña?

Noah se queda boquiabierto.

—¿Me estás tomando el pelo? No me hables así. Prácticamente os he criado. —Sus cejas se levantan—. Me importa más de lo que te imaginas.

Noah parece enfadado. Él es el mayor de todos los hermanos, es el CEO de Blake Resorts, y por lo que sé, se hizo cargo de mucho después de la muerte de sus padres.

Aaron cambia de pie. Hace un gesto de desestimación con la mano antes de volver a enfrentarse a él.

—Esto es una gilipollez. ¿Qué harías si tu mejor amigo se acostara con tu hermana pequeña y te enteraras el día de tu boda?

—No lo sé —responde Noah, metiéndose una mano en el bolsillo y encogiéndose de hombros —. ¿Tomar una copa? ¿Besar a mi novia, tal vez?

Aaron mira hacia la puerta antes de aspirar aire por la boca. Camina de un lado a otro junto a un seto recortado.

Es verdad. Aaron está tan obsesionado conmigo que te preguntas dónde está su nueva esposa, Savannah. Los invitados probablemente estén hablando también.

—Odio esto, chicos —digo, mirando a los dos hermanos—. Odio haber causado todo esto en un día tan importante para vuestra familia. —Mis ojos se posan en Aaron, mi amigo desde hace un montón de años—. Lo siento mucho, tío.

Aaron baja la mirada y ladea la cabeza.

—Eres mi mejor amigo y me has decepcionado, pero lo veía venir —comenta—. Siempre he sabido que Madison y tú estropearíais nuestra amistad. Solo era cuestión de tiempo.

—Que se enrollen no es lo peor del mundo —dice Noah en voz baja antes de hacer una pausa —. Lo peor es que nuestra hermana acabe sola y Ben tenga que seguir adelante sin ella, y sin un mejor amigo.

Mi corazón se llena de dolor ante la idea de perderlos. Ya lo había sentido desde ayer, pero oírlo en voz alta... hace que mi pecho se sienta inusualmente pesado.

—No te olvides de la petición de la abuela Farah —recuerda Noah.

—¿Cómo se te ocurre sacar a colación el retorcido juego de nuestra abuela en un momento así? —pregunta Aaron.

—No. —Noah sacude la cabeza—. Había una razón por la que nos pidió esto. El amor y el matrimonio no son retorcidos, hermano.

—Cierto —asiente Aaron—. Pero la presión de tener que buscar esposas y herederos a la primera de cambio no ha sido precisamente fácil.

Los ojos de Noah flotan hacia la puerta y luego vuelven a posarse en Aaron.

—Pero todo ha salido bien, ¿no?

Mis manos se levantan.

—No conozco las peticiones de tu abuela, pero tienes que saber que yo no quería que pasara nada de esto —le explico—. Solo pensé que sería bueno tener una esposa para que tú y yo pudiéramos estar cerca y seguir saliendo. Y Madison estaba ahí. Siempre ha estado ahí.

Frotándome el pecho, le miro directamente a los ojos.

—Es la única mujer que he deseado. Pero tenía miedo de perderte, así que ni siquiera lo he intentado.

A Aarón parece molestarle esta nueva información. Sus cejas se arrugan mientras me mira.

Noah se mete las manos en los bolsillos, se encoge de hombros y mira a Aaron.

—No quieres retenerlos, hermano. No en esto.

Chapter 7



Madison

El sol del desierto entra a raudales por las altas ventanas del rancho de Levi y Daisy. Han conseguido elevar los techos y ampliar toda la casa, lo que ha elevado su valor a millones.

—Cualquiera querría este rancho ahora —le digo a mi hermano Levi mientras lo asimilo—. Es impresionante. Parece un palacio.

Levi sonríe y abraza a su mujer, Daisy.

—Ha costado mucho trabajo y pisar clavos que sobresalían de las tablas del suelo, pero estamos contentos.

Daisy le mira y sonríe.

Le besa la frente y luego adopta una mirada traviesa.

—Lo más difícil fue tolerarnos.

Ella le da una palmada en el hombro y se ríe.

—Oh, las alegrías del matrimonio.

Levi la aprieta más fuerte y le da dos golpecitos en el trasero mientras enarca una ceja.

—Bastante alegría, sí.

Parecen felices. Debe ser agradable tener un hogar y una familia con quien compartirlo. Tal vez no sea para mí, pero creo que por fin entiendo por qué alguien elegiría esta vida para sí mismo. Parece... confortable.

Noah sopla aire por la nariz.

—Me alegro de no haber sido yo quien arreglase este lugar porque era un *proyecto* —dice, aplanando los labios y ensanchando un ojo—. Me alegro de que hayas intervenido y lo hayas hecho, hermano.

—Ah, simplemente no viste el potencial, pero estaba ahí —presume Levi—. Yo lo vi, y ahora soy yo el que vive en una mansión de ensueño en Las Vegas.

—Bueno, son las afueras de Las Vegas —corrige Noah—. A bastantes kilómetros de distancia.

Levi sonríe.

—Lo que queráis, chicos. Tenemos espacio para los caballos y estamos contentos. Eso es lo que importa.

Aaron, que ha estado callado, apoya la mano en uno de los armarios superiores de la cocina y

me mira.

—*Es* lo que importa.

Savannah se une a él, le agarra de la cintura y le mira.

La rodea con un brazo. Luego sus ojos se detienen en mí un momento hasta que me alejo.

Me hundo en el sofá y me reconforta el calor de los mullidos cojines.

Qué bueno que Aaron encontró a alguien. Me alegro por él. De verdad, me alegro. Me alegro por todos mis hermanos.

Mis hermanos son como son. Son grandes, fuertes y protectores.

Puede que no sea la estrella del espectáculo, pero ellos velan por mí, y lo acepto. Al fin y al cabo, quiero a mi familia y no la cambiaría por nada.

—Vuestra boda fue absolutamente fabulosa —dice Kat, la mujer de Noah, a Savannah, con los ojos iluminados—. No puedo creer que consiguierais que Jax y su mujer tocaran en vuestra recepción. Estoy tan celosa.

—Sí, creo que Jax todavía estaba dando vueltas por el país cuando os casasteis —le dice Aaron a Kat. Se lleva el pulgar al pecho—. Lo sé porque yo pagué por todo.

Kat y Daisy jadean.

—¿Alguna vez te devolvió el dinero? —pregunta Daisy.

—Sí. Eso y algo más. A él y a su mujer les va bien. Creo que ahora están en Europa, pero volverán el mes que viene para otra residencia en The Blake —informa Aaron—. Finalmente llegamos a un acuerdo con Ethan Wolfe.

—La esposa de Jax es una pianista increíble —comenta Kat.

—Sí, es como un adulto prodigio, eso es lo que es —proclama Levi—. Jax tiene suerte de haberla encontrado.

Mientras estoy sentada, estudiándolos a todos, pienso en el hombre que tuve y perdí.

Puede que Ben fuera un poco mayor que yo, pero habría sido mío para siempre.

Tomo aire y lo expulso. Al menos tengo mi empresa de maquillaje. Puede que no sea un establecimiento multimillonario como lo son los complejos The Blake, pero a mí me basta.

Me masajeo las arrugas de la frente y cierro los ojos.

Savannah, que hoy ha hablado poco, aprieta los labios y viene a sentarse a mi lado. Alarga la mano y me frota el hombro.

Sonrío, reconfortada por su presencia fraternal.

Aaron se sienta a mi lado y me rodea el hombro con un brazo.

—Lo siento, hermanita.

Mi corazón se calienta. Puede que haya perdido a Ben, pero la sincera disculpa de mi hermano importa profundamente.

—No pasa nada, Aaron —respondo, haciendo lo posible por sonreír—. Siento haberme interpuesto entre tú y tu mejor amigo.

—No. Es culpa mía. La verdad es que soy un hombre controlador e impedí la felicidad de todos, incluida la mía. —Cierra los ojos y frunce las cejas. Parece dolido—. Perdí a Ben como amigo, y ahora estás sentada aquí sola. Eres la única persona aquí sin nadie.

Trago saliva.

—Gracias por recordármelo.

—Mis acciones fueron horribles —admite, sus ojos se suavizan—. Y lo siento.

Asiento con la cabeza.

—Todo irá bien —le consuelo, queriendo aliviar su dolor. Sonrío y le doy una palmadita en la rodilla, intentando disipar un poco la incomodidad—. Todo este rollo del amor me da náuseas.

¿Cuándo comemos?

Aaron dirige una mirada a la puerta.

—Estamos esperando a nuestro invitado especial.

Mis latidos se aceleran.

—¿Quién puede ser?

No dice nada mientras se levanta y abre de golpe las persianas cerradas.

La luz del sol entra a raudales y nos ciega a todos.

Pero a través de los ojos arrugados, lo veo: un Range Rover gris oscuro, subiendo por el largo camino de entrada.

Me congelo. Ya sé a quién pertenece porque lo he visto docenas de veces.

A él.

Ben.

Mi pulso se dispara al ver sus largas y musculosas piernas saliendo del coche. En su mano descansa un ramo de flores precioso.

—¿Por qué no me dijiste que venía? —pregunto saltando frenéticamente y buscando un espejo. Me examino el pelo revuelto en un gran espejo de marco plateado y me lo aliso lo mejor que puedo.

Tengo los ojos hinchadísimos por haber llorado hasta quedarme dormida cada noche. Al presionar la hinchazón con las yemas de los dedos, vislumbro mi atuendo.

Me doy un tirón a la camisa y me paso la mano por la falda de satén para alisar el tejido. No hay arrugas, así que me detengo y pego el brazo a mi costado.

Todos se ríen de mí y entran en el vestíbulo de la mansión.

El timbre de la puerta resuena en la entrada de mármol.

Levi abre la puerta principal, y ahí está.

Ben Elliot está de pie en el umbral de la puerta, mirando todas las caras de los miembros de mi familia.

—Hola a todos.

Probablemente no me ve porque mido medio metro menos que mis hermanos y estoy de pie al fondo. Se pasea lentamente entre la multitud de la entrada, saludando a cada miembro de mi cada vez más numerosa familia y estrechando la mano de todos.

Los ojos de Ben se posan en su mejor amigo y se quedan mirándose, sin decir nada.

—Me alegro de que hayas venido, tío —saluda finalmente Aaron, tendiendo una mano hacia su mejor amigo.

Ben choca su mano con la de Aaron y su boca se abre de par en par en la sonrisa más genuina que le he visto en mucho tiempo.

Aaron le da un abrazo de hombre y se quedan así un par de segundos.

El alivio inunda mis hombros. Era triste pensar que había destruido una amistad entre dos personas que habían mantenido un estrecho vínculo durante más de una década.

Me apoyo en una columna con los brazos cruzados, sin saber muy bien qué hacer. No sé por qué ha venido, pero por el aspecto de las flores, puede que esté aquí por mí.

Cuando terminan de abrazarse, Aaron se hace a un lado.

La mirada de Ben se cruza con la mía y las mariposas recorren mi estómago.

Nos quedamos quietos, mirándonos, y todo lo demás se desvanece en negro.

Su alta estatura está a la vista, su musculoso cuerpo abrazando su traje moreno en todos los lugares adecuados y mostrando su atlético físico. Su rostro anguloso es suave y terso.

Es fácil ver por qué me enamoré de él.

Clava sus ojos en los míos.

—Siempre hemos sido nosotros, ¿no?

Asiento con la cabeza, sintiendo una ligereza en la cara.

—Incluso cuando no éramos nada, seguíamos siéndolo.

Arruga las cejas e inclina la cabeza.

—Siento no haber confiado en eso.

Sacudo la cabeza.

—No hace falta que te disculpes. Estabas haciendo lo que creías que había que hacer.

Me entrega las flores.

—Aquí están los lirios que querías. Los hice traer, y también añadí algunas gardenias.

Se me dibuja una sonrisa en la comisura de los labios.

—Gracias, Ben —digo, sintiendo el fragante aroma de mis flores favoritas—. Ese día —murmuro, sintiendo que se me nublan los ojos de lágrimas.

—Sí. Fue un buen día —afirma—. Ahora me gustaría pedirte algo.

Saca del bolsillo una caja de terciopelo negro y se arrodilla.

La adrenalina corre por mis venas mientras mi cuerpo se congela.

Voces femeninas chillan de fondo.

—Hazlo, Ben —dice Aaron con voz grave—. Es tu hora.

—Madison, tú y yo estamos destinados a estar juntos. Siempre lo hemos estado —empieza Ben—. Te he esperado pacientemente durante años, pero no puedo imaginarme otro día más despertando sin ti a mi lado. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Las lágrimas corren por mi cara y el dorso de mi mano vuela hasta mi boca.

Separo los labios para responder, pero mis cuerdas vocales no funcionan. Tomo aire y asiento.

—Sí, lo haré.

Se levanta y me coloca un enorme anillo de diamantes en el dedo.

Extiendo la mano y separo los dedos para contemplar la gigantesca piedra y toda su belleza. Las lágrimas caen por mi cara, pero no me importa.

—Es precioso.

Al poco rato, los miembros de mi familia nos rodean, nos felicitan y nos abrazan.

Más tarde, un escalofrío recorre mi espalda mientras nos sentamos a la mesa.

Levi y Daisy habían pulido y conservado la mesa a su estado original. Ahora tiene un aspecto brillante.

Nos habíamos sentado a la mesa de la abuela Farah desde que yo era niña, pero las sillas se habían ido quedando vacías con los años, a medida que cada uno de mis hermanos se marchaba a la ciudad.

Le sorprendería ver ahora nuestra extensa familia.

—Es una mesa llena de nuevo —anuncio—. Los únicos que faltan son Jax e Ivy.

—Ah, el diablo ha llegado —canta la voz de Jax desde el vestíbulo.

—¡Jax! —grito—. ¿Estás aquí?

Jax es mi hermano más cercano, aunque nos hemos distanciado a lo largo de los años debido a sus giras de conciertos.

Entra con la preciosa Ivy y su bebé, que está profundamente dormido en brazos de su madre.

—Sí. Me verás mucho más —responde Jax con una sonrisa de satisfacción en su rostro—. Ethan Wolfe me quiere en The Blake South Strip para más de cien conciertos a partir del próximo mes. Es despiadado.

—¡Eso es maravilloso! Te lo mereces —comenta Savannah antes de detenerse un momento—.

Me alegro mucho de que Ethan y Ginny se hayan separado. Era una perra con P mayúscula. Me sentía muy mal por ese tipo.

—Bueno, no siento pena por él —responde Aaron—. Está ganando miles de millones con su negocio de medios y tiene mujeres tirándose sobre él. Estoy seguro de que estará bien.

Jax asiente.

—Estoy feliz de que haya decidido arrojarnos algo de ese dinero en efectivo.

Aaron le da un rápido asentimiento.

—Absolutamente. Esta nueva asociación será lucrativa para toda la familia.

Jax se mete un trozo de zanahoria en la boca y nos mira a la cara.

—Ya basta de hablar de Ethan. ¿Por qué estáis tan contentos? ¿Qué me he perdido?

—Bueno —empieza Aaron, mirándonos a Ben y a mí—. Hay otra boda a la que asistir.

—Vaya, me he perdido la propuesta, ¿no? —pregunta Jax—. Maldita sea. ¿Por qué tengo que perderme las cosas más importantes?

—Quédate por aquí —comenta Noah—. A más tardar esta noche, nos darán ese heredero que hemos estado deseando.

Todos se ríen.

—Felicidades a los dos —dice Jax, dándome un abrazo, y girándose para abrazar a Ben—. ¡Bienvenido a la familia!

La cara de Ben es de auténtica felicidad.

—Gracias, tío.

Me tomo un momento para respirar la belleza de mis hermanos, sus nuevas familias y Ben. Nunca pensé que me interesaría tener mi propia familia.

Ben y yo... era solo una historia de deseo. Pero ese deseo... nunca se detuvo.

De hecho, cuanto más intentábamos ignorarlo, más fuerte se hacía.

Ahora, rodeados de risas y amor, saboreamos la magia del día y emprendemos nuestro viaje.

Ben me aprieta la mano y me llama la atención.

—Lo hemos conseguido.

El amor, atemporal y triunfante, nos guía hacia un futuro en el que ahora podemos abrazar nuestro propio y verdadero «felices para siempre».

A partir de hoy, cada latido de nuestros corazones y cada paso que demos será con la promesa de toda una vida juntos.

Asiento y apoyo la cabeza en el hombro fuerte y fornido de Ben. Cierro los ojos y exhalo un largo suspiro.

—Sí. Hemos ganado.



Epílogo

14 meses después

Ben

Encontrar a alguien con quien pasar el resto de la vida no es tarea fácil.

Cada uno de los hermanos Blake actuó de forma diferente, resistiéndose a las severas exigencias de Farah y enamorándose y aceptando su destino.

Ahora me siento a la mesa del comedor familiar en el rancho, disfrutando de crepes y té con mi bella esposa, Madison, y nuestro precioso hijo recién nacido.

Tuvimos que encontrar sillas extra porque todo el mundo está aquí: Aaron con Savannah y sus gemelos recién nacidos, Levi y Daisy con su niña, y Noah con Kat y su hijo. Incluso Jax está aquí con Ivy y su pequeño.

Es última hora de la mañana y el sol de Las Vegas ya ha hecho acto de presencia con fuerza.

La familia está tensa y callada, pero era de esperar. Hoy es un día crucial, quizá uno de los momentos más importantes de nuestras vidas.

Un camarero trae una ronda de copas llenas de burbujeante champán.

Daisy, la mujer del rancho, siempre sabe cómo celebrarlo. Coge una copa y la levanta.

—Ya casi es la hora. ¿Quién quiere dar un discurso?

—Deja que lo haga Ben —le dice Levi a su mujer, sin dejar de mirarme—. Siempre da discursos impresionantes, y es el único de nosotros que hizo las cosas en el orden correcto.

Mi mente se nubla.

—¿Qué?

—Primero viene el amor. Luego viene el matrimonio —empieza Levi antes de que otros se unan, y pronto toda la sala está coreando una canción infantil—. Luego viene el bebé en el cochecito.

Me río entre dientes antes de sacudir la cabeza. Mi cerebro autista había insistido en casarse primero con Madison, antes de dejarla embarazada. Eso significaba que los demás hermanos tenían que esperar mientras organizábamos nuestra boda.

Nos casamos tres meses después del compromiso, y cumplí con mi fiel deber de poner un heredero dentro de su vientre en nuestra noche de bodas.

Pero sus hermanos tuvieron que esperar nueve meses más para que naciera el bebé.

No fue un gran problema porque todos éramos multimillonarios desde hace años y sus hermanos se habían ocupado repentinamente de sus nuevas familias.

Aun así, todo el mundo esperó, y probablemente pasará a la historia como un hecho divertido de la familia Blake.

—Sí. Tenía que hacer las cosas en el orden correcto —digo—. De lo contrario, Aaron me habría pateado el culo.

Aaron echa la cabeza hacia atrás, riendo, y más risas resuenan por la habitación.

—Shhh —dice Savannah, llevándose el dedo índice a la boca—. Hay niños presentes.

—Que Noah haga el brindis —razono, mirando al hermano que ha asumido la ardua tarea de ser el primogénito—. Es el mayor.

Noah asiente y se levanta, con su bebida en la mano.

—De acuerdo.

Guarda silencio un momento mientras sus ojos recorren los surcos de la mesa de madera. Luego levanta la barbilla y se dirige a nosotros.

—Gracias por venir —anuncia Noah—. Estamos todos aquí reunidos para unirnos y celebrar la vida de nuestra extraordinaria abuela, nuestro abuelo y todo el legado Blake.

Y continúa.

—Hoy, al recibir la culminación de la sabiduría, el amor y los desafíos, reflexionemos sobre el viaje que nos trajo a este lugar especial.

Su copa de champán se levanta.

—Que esta Ceremonia de Herencia marque no solo el paso de la riqueza, sino nuestro único y hermoso vínculo familiar. Salud.

Todos brindan y beben a sorbos su champán. Levi, el segundo mayor, se levanta.

—Me gustaría añadir algo.

La mesa se calla.

—Echo mucho de menos a nuestros padres, y creo que estarían encantados con nosotros —dice Levi en voz baja—. Salud por mamá y papá. Que descansen en paz, sabiendo que a todos nos va bien aquí abajo.

Un bonito silencio recorre la sala antes de que cada miembro de la familia levante una copa.

—Por mamá y papá —murmuran casi al unísono.

Suena el timbre y Daisy se levanta.

Todos sabemos quién es.

Un abogado entra en la sala, vestido con un traje bien confeccionado, llevando un maletín negro.

—Hola a todos. Nos reunimos hoy aquí para honrar las estipulaciones establecidas por la señora Farah Blake, vuestra difunta abuela, que era también mi querida amiga. Como sabéis, Farah os ha dejado todo este rancho, que veo que estáis manteniendo muy bien —comenta, mirando a su alrededor.

—Además del rancho, vuestra abuela os pidió que os casarais y tuvierais hijos para heredar la suma de cinco billones de dólares. —Hace una pausa y nos examina a cada uno de nosotros—. Cada miembro de la familia ha aportado pruebas de matrimonio y certificados de nacimiento para satisfacer este requisito. Ahora solo queda la lectura final del testamento. Comencemos.

Esboza una leve sonrisa mientras hojea las páginas. Luego, se aclara la garganta y mira a Noah.

—A mi nieto mayor, Noah. En reconocimiento a tu firme liderazgo y compromiso con la familia Blake, te entrego la suma de un billón de dólares. Que os vaya bien a ti, a tu mujer y a tus hijos.

Entrega un documento a Noah, que lo acepta con un movimiento de cabeza.

El abogado sigue adelante y mira a Levi.

—A Levi, reconocido por su valor y resistencia ante los desafíos, le dejo la suma de un billón de dólares. Por favor, usa el dinero como corresponde para tu familia.

Levi coge el sobre y se inclina hacia el oído de Daisy.

—Son muchas propiedades inmobiliarias. —Sonríe al vernos fijamente y coloca las manos sobre su regazo.

—Es solo para la familia, hermano —le dice Noah—. La familia primero.

El abogado asiente y continúa, dirigiendo su atención a mi mejor amigo, Aaron.

—A Aaron, el tercer hermano mayor, cuya perspicacia para los negocios y devoción a la familia han sido excepcionales. Recibirás un billón de dólares. Por favor, cuida bien de tu mujer y tus hijos.

Aaron acepta el sobre y una sonrisa se dibuja en su boca mientras rodea a Savannah con un brazo.

El siguiente es Jax, que está sentado en el suelo, jugando con su animado hijo.

El abogado se enfrenta a él.

—Jax, el espíritu creativo de la familia. Tus contribuciones únicas te han hecho merecedor de tu parte de la herencia. Te concedo un billón de dólares. Mientras el mundo espera tu canción, recuerda siempre a tu encantadora esposa y a tus hijos, que son quienes más te necesitan.

Jax levanta las cejas, inclina la cabeza hacia un lado y asiente. Luego levanta a su hijo y le da un beso en la frente.

El abogado pasa a mi mujer.

—A Madison, mi única nieta, y la menor de todos los hermanos Blake. Tu bondad y amor son muy necesarios en esta familia, y espero que lleves la antorcha en mi ausencia.

Y continúa.

—La fuerza de nuestra familia siempre ha radicado en la sabiduría, la compasión y la resistencia de nuestras mujeres. Tú encarnas estas cualidades, y sé que llevarás la antorcha con

gracia y determinación. Por la presente te concedo la suma de un billón de dólares, *más* ...

Madison arruga las cejas mientras espera que le digan algo más.

El abogado continúa:

—... la propiedad de mi colección privada de joyas de la herencia Blake, valorada en más de un billón de dólares. Por favor, utiliza el dinero sabiamente para tu familia, tu negocio, y para dar forma al futuro de todo el legado Blake.

Madison se queda boquiabierta al aceptar el sobre del abogado. Beso su suave mejilla.

—Te lo mereces.

El abogado se quita las gafas y se limpia el rabillo del ojo con un pañuelo.

—Vuestra abuela era una mujer extraordinaria y la echaremos de menos. Enhorabuena a todos, y espero que sigáis abrazando su legado mientras navegáis por vuestros propios viajes de amor y sabiduría con vuestras familias.

Todos damos las gracias al abogado y Daisy le acompaña hasta la puerta.

—Bueno. Era algo para dejar marcado en los libros —le digo a mi mujer, que aún parece sorprendida.

—Sí —susurra mi mujer, con lágrimas en los ojos—. Gracias, abuela Farah.

Pasamos el resto de la tarde en alegre compañía.

Me siento en mi silla y respiro. Formar parte de la familia Blake es un honor que no doy por sentado.

Cuando miro a cada uno de los miembros de nuestra unidad, pienso en los enormes retos a los que nos hemos enfrentado, las lecciones que hemos aprendido y el camino que nos queda por recorrer. Me doy cuenta de que el futuro de nuestro legado solo será tan fuerte como el esfuerzo que cada uno de nosotros ponga en ello.

En honor a la abuela Farah, decidimos plantar un árbol junto a la entrada de casa. Esperamos que sus raíces compartidas y sus ramas florecientes reflejen para siempre nuestros destinos entrelazados y que nuestro legado siga creciendo y prosperando hasta el fin de los tiempos.



Sobre la autora

Janica escribe historias de amor picantes sobre hombres seductores y las atrevidas mujeres que se enamoran de ellos. Comenzó escribiendo historias con final feliz cuando era adolescente, pero recientemente ha empezado a incluir un toque picante en sus relatos y a publicarlos en Internet.

Está casada con un hombre que afirma ser multimillonario por derecho propio, pero que se niega a contratar a alguien que le ayude en la cocina. Ambos son unos yonkis digitales y trabajan todo el día codo con codo en un gran escritorio. Eh, pero mientras haya un cuenco con alubias de gominola entre ellos, todo va bien.

Viven en Las Vegas con un perro pomerania que se comporta como un gato.

Le encanta tener noticias de sus lectores. Contacta con ella en janicacade@gmail.com



Deja una opinión

Gracias por leer esta serie. Estoy encantada de que decidieras echarle un vistazo. Si te ha gustado leerla, te agradecería que dejaras una opinión. Cuéntame cuál ha sido tu personaje favorito. Leo todas las opiniones y las tengo en cuenta para mis próximos libros. También son de ayuda para que otros lectores voraces puedan encontrar mis libros.

Otras obras de Janica Cade

Serie Contrato con un multimillonario

Sucio mentiroso

Serie El legado de Blake:

Libro nº 1: Bebé para el CEO
Libro nº 2: Bebé para el vecino
Libro nº 3: Bebé para el acosador
Libro nº 4: Bebé para el gruñón
Libro nº 5: Bebé para el mejor amigo de mi hermano

¡Escanee el código QR para obtener enlaces a todos los libros!